

## **El Papa de la Misericordia**

### **Rebeca Reynaud**

Quizás el cargo que más radicalmente ha cambiado en el Vaticano desde la llegada de Francisco es el de "limosnero pontificio". Antes el limosnero era el administrador de donativos que recibe el Papa. Se ayudaba a los demás desde una oficina.

El sacerdote Konrad Krajewski llegó a Roma en 1990 para que hubiera un sacerdote joven que ayudara al Papa Juan Pablo II cuando se agravó su salud. Konrad o Padre Corrado, como le gusta que le llamen, estuvo ocho años cerca de Juan Pablo II. El cardenal Mario Bergoglio lo conoció en la Patagonia en 2011. Al Papa actual no se le escapó la delicadeza de este sacerdote con cada persona.

A finales de julio de 2013 sonó el teléfono en casa del padre Corrado. Le llamaba Francisco.

- ¿Puedes venir? Me gustaría pedirte una cosa.

Inmediatamente el sacerdote polaco fue a Santa Marta. El Papa lo nombró limosnero pontificio.

- Te mandaré donde estén los pobres de Roma. Al principio te costará. Luego verás que es el mejor trabajo que hay en el Vaticano. Irás de mi parte a los lugares en los que hay gente que sufre. Puedes vender tu mesa de trabajo, no la vas a necesitar. Sal de tu oficina y ve a buscar a los pobres. No esperes a que te llamen.

Desde entonces, cada día don Corrado va a un hospital, a un asilo de ancianos, a una cárcel, a un centro de refugiados. Está allí cuatro o cinco horas. Pasa por cada habitación. Habla con todos, con cada uno. Les lleva un Rosario como los que el Papa regala a los jefes de Estado.

A veces el Papa le llama por teléfono:

- Corrado, he recibido esta carta... Ve a verles de mi parte, y ya sabes qué hacer.

- Y ¿qué hace?

- Pues me pregunto que haría el Papa en mi lugar y lo hago.

Cada día encuentra nuevos modos de ayudar. En Navidad regala a los sintecho tarjetas telefónicas y postales con sello incluido para que puedan escribir a sus familias. Cuando llega el frío, reparte sacos de dormir. Invita a uno a comer porque es su cumpleaños, y éste le contesta que le da vergüenza en un restaurante porque lleva varios días sin bañarse. Se lo cuenta al Papa y

Francisco decide construir duchas para esas personas en los cuartos de baño de la Plaza de San Pedro.

Una tarde de primavera de 2015 don Corrado invitó a ciento cincuenta de ellos a los Museos Vaticanos. Les había preparado un recorrido exclusivo. Las galerías estuvieron cerradas sólo para ellos. En la puerta los guías turísticos los dividieron en tres grupos y repartieron auriculares para que escucharan bien las explicaciones.

Aunque la mayoría llevaba muchos años en Roma, ninguno había visto el imponente Cortile della Pigna, las estancias de Rafael, la *galleria* de los mapas, los frescos de Miguel Ángel... Fue un regalo para el alma. Estaban conmocionados. Eran las cinco de la tarde. Se abrió una puerta y entró el Papa Francisco. Les saludó con mucho cariño y les dijo que había querido regalarles esta visita como una "caricia", pero que les pedía que rezaran por él. Fue un discurso muy breve que terminó con una bendición: "Que el Señor los cuide, que les ayude en el camino de la vida y que les haga sentir ese amor tierno de Padre". Francisco se marchó pero la visita continuó con una cena en el restaurante del museo.

Francisco le dio otro consejo al limosnero: "Ya sé que confiesas, pero no dejes de confesar. Confesar es llevar la misericordia de Dios a la gente. Si dejas de escuchar confesiones, te costará mucho ser limosnero".

"Cuando confieso a la gente y viene una mamá o un papá, les pregunto. "¿Cuántos niños tienes? Y me dicen. "Y dime, ¿juegas con tus niños?", les pregunto. La mayor parte responde: "¿Cómo dice?". "Sí, sí: ¿juegas? ¿Pierdes tiempo con tus niños?". Estamos perdiendo esta capacidad, esta sabiduría de jugar con nuestros niños (...) Aunque lo que estamos perdiendo es algo mucho más grave: el espacio de la gratuidad", añade.

La propuesta del Papa Francisco no consiste en hacer obras de caridad, sino en encarnar la caridad: ir a las periferias es salir de la propia zona de confort, complicarse la vida para mejorar las cosas. Quiere quitar la indiferencia global.

Estas pequeñas anécdotas son una probadita de lo que contiene el libro de Javier Martínez-Brocal, *El Papa de la Misericordia*, de Ed. Planeta Testimonio, (Barcelona 2015).

**Ojalá los políticos tuvieran un poco de buena voluntad e hicieran fructificar los impuestos en beneficio de los más necesitados, ya que no se refleja la recaudación de impuestos en el mejoramiento de calles y aceras, en la construcción de parques deportivos y actividades culturales, y en mejorar la educación alimentaria y la calidad de vida de los más desprotegidos. Todo se les va en necedades y estupideces como la perspectiva de género, la instrucción sexual y la "salud reproductiva". Quizás porque eso les produce ganancias monetarias y políticas. Es decir, le venden el alma al diablo por una bagatela.**